

# El historicismo europeo y su influencia en el contexto mexicano

Abraham Moctezuma Franco\*

El ambiente intelectual mexicano de los años cuarenta fue escenario de una disputa entre dos tendencias principales en la historiografía, cuyas diferencias resultaron significativas y dieron vida a la articulación de uno de los movimientos culturales fundadores del México contemporáneo.

Durante la primera mitad del siglo xx, el panorama de la historiografía mexicana tuvo el signo de la oposición entre el cientificismo y el historicismo. Disputa enmarcada en un amplio proceso de institucionalización de la cultura mexicana. Esta lucha de ideas fue protagonizada por dos élites culturales representantes de dos tipos de historiografías: una historiografía académica, defensora de la noción de imparcialidad, aunque celosa de sus privilegios; y otra que se presentó como “marginal” e intentó lograr cierta legitimidad a través de la crítica de la historiografía dominante. Este hecho selló la configuración de la historiografía mexicana contemporánea.

Frente a la orientación dominante en los estudios históricos, denominada “tradicional” o cientificista, cuya metodología se regía por el afán de “objetividad” a ultranza, aparece el historicismo que plantea un enfoque más depurado en el estudio e interpretación de los hechos históricos. Esta corriente, que estuvo constituida por diversas interpretaciones, ejerció una influencia decisiva en la orientación de importantes estudios históricos y filosóficos del momento. Por tanto, es preciso dedicarle atención al diseño de su arquitectura y a la forma en que se trasplantó al contexto mexicano.

## LA FABRICACIÓN DEL HISTORICISMO

A pesar de las dificultades para contar con una definición precisa, ya que se nutre de distintas concepciones, el historicismo emerge como una crítica al racionalismo iluminista del siglo xviii y de la idea de evolución de la humanidad predominante en el siglo xix. Esta corriente plantea como objeto principal de la historia el estudio de la vida humana en su totalidad y multiplicidad. Aunque no renuncia a por la búsqueda de lo universal, erige como elemento central el carácter individual del hecho histórico. No cancela las expresiones de vida que guardan rasgos comunes, sin embargo, no pretende establecer “leyes” ni “principios”, sino comprender la variedad de formas históricas que se hallan contenidas en los acontecimientos. Debido a que los hechos históricos nunca se

\* Profesor-investigador de la preparatoria Lázaro Cárdenas. Egresado del Colegio de Historia y doctorante en historia de la BUAP.

repiten, no puede haber leyes del desarrollo histórico ni de la causalidad. Su discrepancia en este punto con la concepción de la “verdad científica” condujo al historicismo al “relativismo” al afirmar que el hombre no es simple naturaleza ni repetición necesaria. Asimismo, negó los “absolutos” situados “más allá” o por encima de la historia y, consecuentemente, exhortó a encontrar en el devenir humano las razones que originaron uno u otro giro de los hechos (Conrado, 1996: 47).

¿Cómo se llegó a esta forma de conceptuar lo histórico? Ahora vamos a averiguarlo. En el transcurso de las últimas décadas del siglo XIX la historia rompió en crisis en el viejo continente. Esto ocurrió cuando los fundamentos de la “verdad científica”, adoptada por los esquemas positivistas, se vieron amenazados por otras tendencias de pensamiento y nuevos enfoques surgidos de la crítica a esa misma visión “cientificista”.

Durante este periodo, el viejo continente fue testigo de la gestación de nuevos brotes y distintas direcciones de pensamiento en torno al conocimiento histórico. Estos cauces anunciaban la presencia de una reacción contra el positivismo. Una especie de rebelión de parte de quienes se negaban a considerar a la ciencia como la única forma de conocimiento que podía existir. Fue una especie de rebelión en contra de una teoría que reducía el intelecto al tipo de pensamiento característico de la ciencia natural.

Los defensores más representativos de estas nuevas ideas realizaron su esfuerzo a la sombra del positivismo y enfrentaron muchas dificultades por evitar el punto de vista científico; sin embargo, sólo en algunos puntos lograron superar esta dificultad. No obstante, sobre esta base fueron atacadas las dos escuelas europeas científicas de la historia: la escuela positivista en Francia y la escuela conservadora alemana que tuvo su origen en Ranke (Collingwood, 1982: 136).

Mientras la escuela positivista estaba interesada en la búsqueda de “leyes” y “tendencias”, la escuela alemana cifró su atención en los acontecimientos políticos y las instituciones jurídicas pero, particularmente, predominaban sus estudios sobre personajes notables, pues según esta corriente, la historia consiste en la aparición de la divina providencia manifestada a través de la acción de personalidades significativas en las cuales se condensan todas las ideas y tendencias de una época. Consideraban también que el carácter científico de la investigación histórica dependía en alto grado de los métodos críticos y exactos de investigación sobre las fuentes (Kon, 1974: 47).

En el ámbito intelectual europeo las críticas y reflexiones de una nueva oleada de pensadores y filósofos minaron el territorio de la escuela positivista en la que muchos de ellos se habían formado. La crítica del conocimiento histórico iniciado a mediados del siglo XIX se extendió e intensificó durante las primeras décadas del siguiente. A este movimiento intelectual, que presentó matices de renovación, le fue dado el nombre de “filosofía crítica de la historia”, y en ella quedaron condensadas las más diversas tendencias concebidas a partir de la crítica a la que fue sometida la filosofía de la ciencia. De ella se desprendieron distintas vertientes: el neokantismo, el neohegelianismo, el vitalismo, el existencialismo y la fenomenología.

El horizonte de reflexión al que apuntaban estas tendencias derivó de la revolución que sacudió al mundo de la ciencia en el viejo continente. Nos referimos al problema de la verdad. Un siglo más tarde, este mismo problema sería detonador de una serie de discusiones, polémicas y disputas historiográficas en

nuestro país durante la década de 1940, lo cual trajo como consecuencia la llegada y asentamiento del historicismo como enfoque que se disputaría de la producción de verdad en el campo de la historia.

En Europa, durante el siglo XIX, la idea de la “verdad objetiva” se empezó a caer. Esto a partir de las grandes revoluciones que habían tenido lugar en algunas ciencias como la física; en consecuencia, la ciencia fue objeto del más desenfadado relativismo, un relativismo que se extendió hacia otras formas del saber como las matemáticas, la química y la biología<sup>1</sup> (Kon, 1974: 52).

Este giro en el pensamiento fue trazando los lineamientos no para descalficar ni mucho menos eliminar, sino más bien perfeccionar el saber historiográfico que se asentaba sobre bases científicas. De este proceso surge el historicismo. Significa que, vistas con rigor, las diferencias entre una y otra visión de la historia son sólo aparentes y en realidad no están contrapuestas; en todo caso, la segunda propone una manera más refinada, más elaborada de tratar los hechos históricos, pero sin renunciar al método cientificista de acercarse al estudio del pasado.

La física había demostrado ya la “falta de leyes” en el microcosmos. La ciencia física devolvía su autonomía al proceso histórico. Éste ya no tendría que semejar al de la naturaleza para ser considerado como un objeto digno de análisis “científico”. Estas deficiencias teóricas del conocimiento científico fueron aprovechadas por la filosofía, la cual se esforzó por darle un sentido al devenir histórico sin el auxilio de las ciencias de la naturaleza, sin la pretensión de encontrar en ella leyes que expliquen el desarrollo social, pero sin abjurar del método científico basado en la investigación de archivo y documento.

El pensamiento historicista fue expuesto en su momento por José Gaos de la siguiente forma:

Del historicismo se ha dado esta definición: es la filosofía que sostiene que el hombre no tiene naturaleza, sino historia. Se quiere decir que en el hombre no hay nada de una naturaleza inmutable, sino que al hombre lo penetra toda la mutación histórica [...] La concepción historicista de la realidad o el historicismo en general [...] pretenden ser una pura descripción de la realidad universal (Gaos, 1960: 507).

#### OBJETIVISMO Y SUBJETIVISMO

La crisis en el enfoque cientificista había llevado a los historiadores de la llamada “filosofía crítica” a considerar la imposibilidad de un conocimiento objetivo; en consecuencia, terminaron reduciendo el conocimiento histórico a una actividad de la conciencia.

La filosofía “idealista” reafirmó su posición al socavar los cimientos de la añeja tradición “realista” en la que ha descansado el pensamiento filosófico de Occidente, y que de acuerdo con Edmundo O’Gorman “desde los griegos, ha

<sup>1</sup> La mayoría de los científicos y filósofos del siglo XIX consideraban que la física de Newton y el determinismo mecanicista de Laplace ofrecían un cuadro absolutamente exacto del mundo. Suponían que si se conocía la situación y el movimiento exacto de las partículas materiales en un momento dado, era posible deducir, con un cálculo hecho de acuerdo con las leyes de la mecánica, toda la evolución previa y posterior del mundo. Este limitado mecanicismo fue hecho añicos por la física del siglo XX cuando se mostró la desintegración del átomo; entonces se extrajeron conclusiones sobre la “desaparición de la materia” y la “destrucción de la realidad objetiva”. El derrumbe del determinismo mecanicista fue interpretado como una prueba de la falta de base de todo determinismo. Pero la revolución iniciada con la física no se detuvo allí. La geometría no euclidiana y la teoría de los conjuntos introdujeron la crisis en las matemáticas al demostrarse que los fundamentos mismos de esta ciencia, la más exacta de todas, no eran evidentes, como se había supuesto en el siglo XIX, y que hasta los axiomas matemáticos exigen verificación y demostración. La química, la biología contemporánea y otras ramas del saber sufrieron serias sacudidas (Kon, 1974: 58).

tenido como apriorismo fundamental y condicionante de todos sus razonamientos, la idea de que las cosas, son ellas, algo en sí mismas” (1993:15).

El problema es tan añejo como las posturas en pugna. El realismo aboga por la idea de la “objetividad” e independencia de nuestros propios pensamientos o conceptos respecto a los objetos. Esta corriente afirma que “todas las cosas, todo lo que vemos, tocamos y oímos, es tan independiente a nosotros, a nuestro verlo, tocarlo u oírlo, que seguiría existiendo tal y como existe, aun cuando dejara de existir todo sujeto capaz de verlo, tocarlo u oírlo” (Gaos, 1994: 365). De aquí se desprende el llamado “sustancialismo” que fue uno de los puntos de crítica de las corrientes idealistas.<sup>2</sup>

El idealismo, por otra parte, opone a lo anterior la idea de la subjetividad de nuestras cualidades sensibles. Es decir, esta corriente afirma que son nuestros conceptos los que integran la realidad y consecuentemente los objetos que forman parte de esa realidad. Para el idealismo, son nuestros conceptos los que integran o construyen los objetos de nuestro pensamiento científico-natural (Gaos, 1994: 366). La razón integra a la realidad, o dicho en otras palabras: “que el ser de las cosas no es algo que ellas tengan de por sí, sino algo que se les concede u otorga” (O’Gorman, 1993: 48).

No es posible abarcar en toda su amplitud los numerosos intentos hechos para resolver el “problema de la realidad” por las variedades del realismo y el idealismo; sin embargo, sí se puede señalar, que es en este punto donde la realidad se vuelve un problema para estas dos posiciones filosóficas. En el problema de la realidad tocan fondo estas dos visiones del mundo enfrentadas al siguiente planteamiento: ¿se trata de probar la existencia de un mundo exterior “ante los ojos”, o la existencia de un mundo exterior concebido desde el fondo de la conciencia? o dicho de otro modo: ¿la realidad es lo que vemos o lo que nos figuramos ver?

Las corrientes idealistas-subjetivistas cobraron cada vez más fuerza en el debate filosófico sobre la verdad al establecer los “límites” de la ciencia y proponer caminos distintos en los que se pueda encontrar la manera de probar que la verdad no es algo que se encuentra expresamente “frente a los ojos” de un hombre, sino algo que éste construye, concibe, se imagina o cree.

Hacia 1890, Wilhem Dilthey afirmaba que para poder analizar y comprender la “realidad exterior” es necesario considerar como punto de partida al análisis de la conciencia: “[...] Pues si ha de haber para el hombre una verdad universalmente válida, es necesario aplicar el método propuesto por primera vez por Descartes, abriéndose el pensamiento un camino desde los hechos de la conciencia hasta la realidad externa” (Dilthey, 1949: 37).

Treinta y siete años más tarde (1927), Martin Heidegger también hizo del “problema de la realidad” uno de sus puntos de reflexión:

[...] con el limitarse a una fe en la realidad del mundo exterior se sigue concibiendo inadecuadamente el problema, al devolverle expresamente a esta fe su propia legitimidad. En el fondo se repite la petición de una prueba, aunque se intente satisfacerla por un camino distinto del de una prueba rigurosa... Creer en la realidad del mundo exterior, con o sin derecho, probar esta realidad, satisfactoria o insatisfac-

<sup>2</sup> El pensamiento “sustancialista” define la idea de que el ser —mas no la existencia de las cosas— es algo definitivamente sustancial e inmanente a las cosas mismas, es decir, que lo que se piense en un momento determinado que “es” una cosa, es lo que en realidad ha sido siempre y para siempre será, sin que haya alguna posibilidad de que deje de ser lo que “es” para ser algo distinto.

toriamente, presuponerla, expresamente o no, semejantes intentos presuponen un sujeto que empieza a carecer del mundo o no estar seguro del suyo y que por tanto necesita en el fondo asegurarse primero de uno [...] (Heidegger, 1997: 478).

En el marco de estos enfoques una influencia significativa en el contexto mexicano fue el pensamiento de José Ortega y Gasset, que desempeñó un papel muy destacado en la cultura mexicana y cuyas aportaciones teóricas, como el “perspectivismo” y la “filosofía de la razón vital”, contribuyeron a conformar nuevos enfoques ligados al imperativo de interpretar y conocer la realidad nacional derivados del afán de “autognosis” que animó el panorama espiritual de la época.<sup>3</sup>

La importancia de estas ideas y su significación para el conocimiento histórico hicieron eco en nuestro país durante la primera mitad del siglo xx, en buena parte, a consecuencia de la accidentada llegada de los intelectuales transterrados españoles.

#### LA RECEPCIÓN DE NUEVAS METODOLOGÍAS EN MÉXICO

El “historicismo” contribuyó a replantear las formas de hacer historia en nuestro país, y al mismo tiempo cuestionó un modelo —el historiográfico rankeiano— que en los albores de la institucionalización de la historia amenazaba con hegemonizar, metodológicamente, las reglas para determinar el funcionamiento de la disciplina.

La presencia del historicismo en México se reforzó con la llegada de los transterrados políticos españoles, que venían huyendo de los estragos desencadenados por la guerra civil en su país (González, 1970: 259). En el nuestro, figuras notables en el campo de la cultura, como el filósofo Antonio Caso, José Vasconcelos, Samuel Ramos y Alfonso Reyes, se habían encargado ya de introducir algunas de las más sofisticadas corrientes de pensamiento europeas.

Algunos de aquellos hombres en exilio tenían un nivel socioprofesional y sociopolítico que les permitió aminorar los rigores del exilio e insertarse en la incipiente estructura institucional de una sociedad en construcción. Entre estas personas, llegaron historiadores y filósofos de la mayor importancia: José Gaos, Ramón Iglesia, Eugenio Imaz, Xoaquín Xirau y Wenceslao Roces, por nombrar sólo a algunos (Lida, 1998:15).

Estos intelectuales contaban con un nivel elevado de erudición, actualización y legitimidad del conocimiento histórico-filosófico que hasta ese momento no se tenía en México, emanado directamente de las universidades europeas. Aquí se encargaron de traducir el pensamiento moderno producido en Europa. Esta labor de actualización coincide con la fundación de instituciones académicas enfocadas a la investigación y difusión de la historia, como El Colegio de México. Por esta vena institucional y académica se encargaron de renovar el ambiente cultural mexicano a través de la docencia, traducción y la investigación.

Ese momento coincide además con la traducción de Ranke al español, en la década de 1940. El pensamiento de Ranke vino a reforzar el proceso de institucionalización y la forma que adoptó la disciplina de la historia en Méxi-

<sup>3</sup> Para Ortega y Gasset, el hombre no tiene naturaleza sino que vive y su vida sólo se vuelve algo transparente ante la “razón histórica”, cuya misión es aclarar lo humano. Ortega concibe a la historia como “el sistema de las experiencias humanas, que forman una cadena inexorable y única” (Marías, 1985: 437).

co. Así, la profesionalización de la disciplina se identificó rápidamente con la recepción del método historiográfico seguido por Leopold von Ranke (Zermeño, 2002:180).

Quien se encargó de difundir este modelo historiográfico de corte rankeano fue el historiador mexicano Silvio Zavala. A él se debe la introducción del método científico utilizado por aquel autor en el estudio del pasado, método que Ranke aprendió durante su formación profesional en España, donde contó con las enseñanzas de uno de los más importantes historiadores españoles de fines del siglo xix: Rafael Altamira y Crevea.

En el campo de la historiografía Silvio Zavala desarrolló, desde la década de 1930, la crítica a las “formas tradicionales” de hacer historia, apoyado en instituciones que le darían estabilidad, legitimidad y continuidad. En el Colegio de México, Silvio Zavala se encargó de fundar el Centro de Estudios Históricos y sentó las bases para una revaloración de la historia (Zermeño, 2002: 224). La introducción que hizo en México de los mejores métodos desarrollados por el alemán Von Ranke lo llevaron a buscar, por convicción personal y profesional, la añorada “objetividad” en la historia.<sup>4</sup>

La introducción del método rankeano por Silvio Zavala fue seguida por el historicismo y por las principales corrientes europeas de investigación histórica. Éstas fueron reforzadas —como ya se ha señalado— por los refugiados políticos españoles que llegaron a México entre 1936 y 1945. Es preciso no olvidar que en esos años estamos situados en una época de grandes cambios en el ámbito social y político, cambios que coinciden con la aparición de innovaciones metodológicas.<sup>5</sup> En el caso mexicano, se puede observar la irrupción de nuevas historiografías y métodos de investigación. De aquí que al cambio de realidad corresponda un respectivo cambio de método; pero lo interesante, para el caso que nos ocupa, es detectar las condiciones en que estas experiencias fueron posibles, así como su adquisición metodológica. Intentemos acercarnos a este proceso.

En 1945 la historiografía oficial se estaba reajustando de acuerdo con los principios del “método científico”; es el momento en que otro historiador mexicano, Edmundo O’Gorman, inició una cruzada historiográfica en contra de una suerte de “oscurantismo” identificado con la noción “tradicionalista” y “cientificista” de concebir la realidad histórica en nuestro país.

Corría el año de 1945. O’Gorman decidió incorporarse como alumno en la Facultad de Filosofía y Letras para cursar las materias que corresponden al grado de maestro en Filosofía.<sup>6</sup> En esta facultad entró en contacto con distinguidos intelectuales mexicanos, pero sobre todo, su camino se cruzó con el de los refugiados españoles, en especial con José Gaos, ex rector de la Universidad de Madrid.<sup>7</sup> Con ellos compartió una sensibilidad histórica de común proyección.

<sup>4</sup>De acuerdo con Zermeño, Zavala le dio un nuevo impulso a un discurso histórico científico en proceso de elaboración desde la segunda mitad del siglo anterior. De esta manera, Silvio Zavala, con Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes, hicieron realidad el sueño de un nuevo discurso sobre el pasado en gestación antes de la Revolución (Zermeño, 2002:224).

<sup>5</sup>Koselleck plantea que el cambio de experiencia histórica puede, y de hecho ha conducido a la configuración de nuevos métodos. Inversamente, a partir de nuevos métodos se deducen nuevas experiencias, ya que, en última instancia, se trata de una circularidad sociocientífica indiscutible. De este modo, historia e historiografía, la realidad y su procesamiento consciente están siempre coimplicados y se justifican recíprocamente, sin ser absolutamente derivables uno de otro (Koselleck, 2001: 48).

<sup>6</sup>Posteriormente recibirá los grados de maestro, en 1948, a los 42 años; y de doctor en historia, en el año de 1951, o sea, a los 45 años.

<sup>7</sup>En el seminario de Gaos, O’Gorman sistematizó su conocimiento del pensamiento de José Ortega y Gasset y se introdujo en el de Martín Heidegger, lo que fortaleció su inclinación a la filosofía y le permitió adoptar una posición

Al parecer, la incipiente estructura universitaria se estaba edificando y lejos aún estaba de alcanzar rigidez burocrática. Había, pues, una situación propicia para que O’Gorman y el grupo que lo apoyaba lograsen el lugar que les correspondía dentro de la universidad oficial. En este año, bajo la bandera del “historicismo” y acorde con los tiempos, O’Gorman decide declarar la guerra a la corriente historiográfica que se afirmaba como dominante: el cientificismo.

Tal disputa universitaria era el síntoma de una renovación de los estudios históricos en México. Sin embargo, el rival respondió a las críticas con su ausencia. El hecho de que los representantes del cientificismo no se presentara a defender su postura constituía el reconocimiento de que el “historicismo” era el grito de guerra y el triunfo unánime de la nueva generación. No obstante, para la parte contraria, su actitud era una manera de restar importancia a la tendencia nueva que se presentaba como rival, abierta a la disputa de la producción de la “verdad” en el campo de la historiografía.

### CONSIDERACIONES FINALES

A fines de la década de 1930 llegaron a nuestro país las últimas corrientes de la filosofía europea, especialmente la alemana. Es preciso recordar que tales corrientes eran el resultado de un proceso histórico, de hábitos y condiciones institucionales del trabajo intelectual que no existían en América y menos en México. Aunque estas filosofías vitalistas, intuicionistas, existencialistas e historicistas se formularon en Europa en condiciones diferentes de las que se daban en América, su recepción fue posible y fructífera no sólo por que al declinar la década de 1940 las condiciones sociales en América eran análogas a las de la Europa finisecular, sino porque además se prestaban para articular teóricamente el caos reinante y darle el cariz de orden humano y a la vez científico, contribuyendo a encubrir el caos que más tarde se fue extendiendo a todo el continente.

Es preciso agregar que en la recepción de las corrientes filosóficas europeas, sobre todo alemanas, tuvo lugar un proceso de decantamiento mediante el cual se asimilaron parcialmente las filosofías recibidas.<sup>8</sup> Al parecer, en el proceso de asimilación se dio prioridad a cierto tipo de corrientes filosóficas. En esos momentos de crisis, de búsqueda de una conciencia nacional unitaria y unificadora, la historiografía era utilizada como instrumento de los nacionalismos, pues el ambiente resultaba favorable para su recepción (Villoro, 1965: 22). Estas ideas no ofrecían nada inmediatamente práctico: no contenían fórmulas para la organización de un país o de una revolución, pues no era ésa su tarea, evidentemente, aunque ésa fuera la expectativa general de una sociedad en histórica emergencia.<sup>9</sup> Estas corrientes filosóficas no proponían una destrucción total del viejo modelo de hacer historia, sino más bien rehabilitar el método ahistórico y suprimir la actitud ateórica del historiador para potenciar su función crítica y selectiva.<sup>10</sup>

polémica y defender sus ideas con sólidos argumentos, lo que en algunas ocasiones le valió ser calificado como “intra-table” en el gremio. A dicha actitud se debió, fundamentalmente, su choque frontal con los historiadores fundadores del Instituto de Investigaciones Históricas.

<sup>8</sup> Husserl, por ejemplo, no dejó huella palpable. De Simmel se pasó por alto su *Filosofía del dinero*, en donde se encuentra la primera tematización moderna de la alienación. Nada indica que la *Sociología del saber* de Max Scheler haya suscitado críticas, al menos entre los marxistas, o ensayos en esa dirección (Sánchez, 1999: 122).

<sup>9</sup> Se presentaron como el último renovador eslabón de la historiografía moderna; renovadora, porque no caían en los vicios que suprimieron su dinámica, sino que daban a aquélla una dimensión nueva.

<sup>10</sup> Se había introducido el “rigor germánico” que, dicho sea de paso, en política se manifestó de manera delirante: las ideologías nacionalistas articularon sus programas de “redención” con categorías de corrientes intelectuales profunda-

En la América Latina de las décadas de 1940 y 1950, estas filosofías europeas contribuyeron a la configuración de un historiador que se caracteriza por su decidida voluntad de polémica y valoración. Un historiador que, por su actitud polémica, es lo contrario del coleccionista o del historiador “tradicional”, para transformarse en un historiador que critica los valores de la historiografía anterior. Es un historiador que se niega a documentar la plenitud de una conciencia nacional y considera que el método “evolutivo” y sus productos historiográficos deben describirse por su relación con los procesos políticos, culturales o sociales. Estamos ante una época crucial para la configuración de un aspecto nuevo de la historiografía mexicana: la crítica. La crítica al dato, al detalle, a un tipo de historiografía servil.<sup>11</sup>

mente arraigadas en el desarrollo político y social de Europa; corrientes, además, que formaban parte del complejo contexto de los fascismos europeos. En este sentido, no se puede descontar la abierta lealtad de Heidegger a Adolf Hitler, quien después de su ingreso al partido nazi y de su consecuente nombramiento como rector de la Universidad de Albert-Ludwig de Friburgo (en abril de 1933), pronunció un célebre discurso con motivo de su toma de posesión como rector, en el que se identificaba como partidario de la ideología nacional y socialista (Ettinger, 1996: 16).

<sup>11</sup> Aunque, en realidad, se estaba librando una batalla fantasma ya liquidada hacía un siglo en el viejo continente. Por tanto, la presencia de estas tendencias se justificaba solamente ante la carencia de un auténtico rigor intelectual.



## B I B L I O G R A F Í A

- Collingwood, R. (1982). *Idea de la historia*. México: FCE.
- Florescano, Enrique. (1995) Silvio Zavala, conversación autobiográfica con Jean Meyer. *Historiadores de México en el siglo XX*. México: FCE.
- Gaos, José. (1960). Notas sobre la historiografía. *Historia Mexicana*. vol. IX, núm. 4.
- \_\_\_\_\_ (1994). *Historia de nuestra idea del mundo*, México: UNAM.
- Heidegger, Martín. (1997). *El ser y el tiempo*. México: FCE.
- Hernández López, Conrado. (1996). *La idea de la historia en Edmundo O’Gorman y sus implicaciones éticas y políticas*. —Trabajo de tesis para obtener el grado de Maestro de México.
- Kon, I. S. (1974). *El idealismo filosófico y la crisis en el pensamiento histórico*. México: Ediciones de Cultura Popular.
- Koselleck, Reinhart. (2001). *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Pensamiento contemporáneo.
- Lida, Clara E. *La casa de España en México* (1998). México: El Colegio de México.
- Marías, Julián. (1985). *Historia de la filosofía*. Madrid: Alianza Universidad.
- O’Gorman, Edmundo. (1993). *La invención de América*. México: FCE.
- Dilthey, Wilhem. (1949). *Introducción a las ciencias del espíritu*. México: FCE.
- Zermeño Padilla, Guillermo. (2002). *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*. México: El Colegio de México.